



DESASTRES Y SOCIEDAD

Agosto-Diciembre 1994 / No.3 / Año 2

**Especial : Desbordes, Inundaciones y
Diluvios**

REVISTA SEMESTRAL DE LA RED DE ESTUDIOS SOCIALES EN PREVENCIÓN DE
DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

LA RED

Red de Estudios Sociales en Prevención de
Desastres en América Latina

1994

TABLA DE CONTENIDO

LOS PARADIGMAS DE LA LLUVIA3

ANDREW MASKREY3

ITDG-PERÚ3

ANDRÉS VELÁSQUEZ.....3

OSSO, Universidad del Valle, Colombia3

Desastre: El desarreglo de los astros.....4

Sigue cayendo la lluvia5

La memoria persiste.....6

Restos del archivo perdido.....8

LOS PARADIGMAS DE LA LLUVIA

Andrew Maskrey

ITDG-PERÚ

Andrés Velásquez

OSSO, Universidad del Valle, Colombia

Cruzando las fronteras de la expansión centrifugal del desarrollo moderno, más allá de las cabeceras de las carreteras de penetración, donde los campos de cultivo empiezan a extinguirse entre los últimos reductos de selva virgen, entramos en los paradigmas de la lluvia. El tiempo se estira sigilosamente, se fragmenta y se recompone en nuevas mutaciones que escapan al tiempo lineal del modernismo. Empieza a llover en la selvas de la Amazonía peruana, del Caribe costarricense y panameño y del Pacífico colombiano. Lluvia en la oscuridad de la medianoche, abrigando con su manto a los amantes retozando en el sudor de lechos impregnados de humedad. Caen aguaceros en las tardes invernales para disipar momentáneamente al color sofocante del mediodía. El bosque se vuelve fantasmal tras las cortinas de llovizna de la madrugada. La tierra en trance se ve reflejada en el arco de un cielo cargado de nubes.

Cruzando las fronteras menos visibles pero más tenaces del imaginario formal del desarrollo, dejamos atrás también las certezas virtuales de los datos demográficos y económicos censales, los organigramas alucinantes de la institucionalidad formal y de los sistemas, los inmensos espacios verdes y vacíos de los mapas, las realidades alternativas del modernismo. Entramos en regiones en donde el pasado y el futuro aún están por imaginar y sólo queda el presente, tan fresco y real como la lluvia. Los pueblos se auto-ajustan a los ritmos de la naturaleza como si fueran nómadas balseros, de inundación en inundación y de diluvio en diluvio. La cartografía es viva, dinámica y multivariable como la naturaleza misma. Las mentalidades académicas y los esquemas prefigurados se estrellan allí contra dinámicas simples y persistentes que no encuadran en escuelas. El territorio vegetal, acuático y pluricultural se autoajusta frente a cada cambio. Se puede especular que las dinámicas combinadas de deslizamientos, inundaciones, pueblos y animales nómadas, del sol y de la lluvia, conducen a la enorme variedad y endemismo de especies, a estrategias de cambios rápidos y adaptaciones silenciosas.

Regiones pobladas por pueblos, culturas, lenguas y racionalidades con historias y dramas ancestrales, contados y tejidos desde los fragmentos de sueños y aspiraciones de futuro que cada individuo, cada familia y cada comunidad llevan consigo. Allí, donde los archivos formales han seguido el mismo camino de las ramas de los árboles, reincorporándose de desastre en desastre a la hojarasca nutricia, allí donde desde la ingenua mirada de las instituciones sólo existe el vacío, la memoria se transmite a través del lenguaje con palabras fuertes o suaves pero precisas, en una imbricada red de saberes amerindios, africanos y mestizos. Indígenas, cimarrones, mulatos, mestizos y andinos todos en pos de inventar una versión creíble del futuro con base en fragmentos de visiones y sueños premodernos, modernos y posmodernos, desconstruyéndose y reconstruyéndose en una danza sin fin. Pueblos y etnias, bandidos y

guerrilleros, burócratas y oportunistas, industriales y constructores, con dólares, aviones y lluvia, siempre mucha lluvia, y esos millones de tonos de verde engullidores de todo. Esos verdes que se ven surgir arremolinados sobre las obras del hombre. Piezas de un rompecabezas aún por armar cuya clave se ha olvidado o quizás nunca existió. Sí, los espacios verdes de los mapas no son tan vacíos como parecen: también ahí se trabaja, se come, se ama y se muere. En los paradigmas de la lluvia también tiembla la tierra. Nadie recuerda, pero tiembla y siempre ha temblado.

Con los ojos en horizontes lejanos, con la memoria del caucho, del banano, del oro y del platino, las culturas de los paradigmas hierven y se recrean con saltos transatlánticos desde Africa y Europa, de venida, y desde el Amazonas, el Chocó y Limón, en regresos. En estos "territorios vacíos" los aventureros de El Dorado primero y luego los de la quina, los del banano, los del algodón, los del caucho, los de las maderas finas y ahora los de la coca y del turismo de aventura, o los más recientes de la industria genética, han dominado la escena con la imposición de modelos de enriquecimiento rápido. Por las vías de penetración terrestres, fluviales, aéreas y marítimas, siempre ha fluido la historia. Ha procesado, desensamblado y reinventado a través de miles de pequeños pueblos y ciudades un sistema selva-urbano vivo, siempre en flujo, ¡provisional para toda la vida! Ciudades absurdas fundadas por los españoles, por motivos olvidados, pueblos de fugitivos de la Colonia, aldeas de indígenas, enclaves construidos por comerciantes aventureros buscando una riqueza ilusoria. Ciudades y pueblos que viven, mueren y a veces perduran. Las curvas sinuosas de los ríos se ven cruzadas por las líneas rectas de las carreteras. Los caseríos de bahareque, de quincha y de madera se convierten de la noche a la mañana en pueblos de adobe, de ladrillo y de cemento. Los bosques se tumban, tanto por ricos quienes se vuelven más ricos, como por pobres quienes se vuelven más pobres. Los pueblos se mudan de lugar en lugar arrastrados como hojarasca por los remolinos de los "boom" y los remansos de las resacas económicas que los siguen. Tiempos e historias ajenas que entran por las ventanas de la lluvia y terminan re proyectándose en direcciones nunca pensadas o imaginadas.

Desastre: El desarreglo de los astros

Desde la otra ribera de la frontera llega el imaginario formal del desarrollo con sus proyectos de infraestructura, sus paquetes de crédito agrícola, sus sistemas de comercialización y su propia versión de la institucionalidad. En nombre de la eficiencia, la productividad y la modernidad intenta imponerse, trata de convertir a las curvas e infinitas dimensiones fractales de esa selva biológica y humana en un organigrama cuadrado, estático y finito. Cruzada fútil e ilusoria del modernismo. Como cualquiera de las cruzadas anteriores termina siendo absorbido, incorporado, estirado y reprocesado por la diversidad. La idea moderna de permanencia sólo logra imponerse en los enclaves urbanos, pero aún allí mismo, a la orilla del río, del mar, o sobre el filo de una montaña hasta donde conduce un camino de bejuco y de arcilla, los cartógrafos empiezan a alucinar y el mapa de cada año varía según la hierba crezca, los caseríos se trasladen o los ríos cambien de curso porque encontraron un camino más expedito hacia su destino.

En los paradigmas de la lluvia el desastre parece, entonces, un concepto poco aplicable, excepto si se le mira desde la óptica urbana de universidades, escuelas, instituciones y Estado. La palabra pareciera esconder un signo de piedad o tal vez de moral occidental, con algo de

contenido religioso. Por ello, bien vale la pena utilizarla en su sentido original: desarreglo en los astros.

El tiempo, sin embargo, no se detiene. Cada borrachera desenfrenada y cada resaca posterior deja huellas que cuando menos se espera hacen crisis. Cuando se juzgan desde la distancia en el tiempo, cada momento histórico de bonanzas fulgura con rayos multicolores de savia derramada, de amarillas aguas cinceladas, de riquezas momentáneas y de largas sombras de pobreza; de hombres y mujeres haciendo el diario en entornos cada vez más vulnerables, y de bermejos goterones de sangre que acaso sólo la lluvia puede lavar.

Y la memoria persiste. Las crisis momentáneas expresadas en la agonía de un árbol caído, en la lenta muerte de un riachuelo que se seca, empiezan a configurar en la diversidad los contornos apenas visibles de una crisis mayor. El asalto a las selvas, entre cuyas piernas fluye la vida, sigue implacable. Se seca el velo de su sexo y se pierde la capacidad de autoajuste, la de recrear permanentemente la diversidad. Las lluvias se vuelven neuróticas y sequías feroces empiezan a alternar con inundaciones y avalanchas de lodo. En el espejismo de las albas diáfanas de la montaña se instala la violencia del tiempo. Las certezas del presente vivido son remplazadas por un futuro cada vez menos cierto y por las nostalgias de un pasado que recién empieza a delinarse.

Los astros se desarreglan. Cuando vuelve a temblar la tierra el imaginario formal del desarrollo se mira en el espejo y se disgusta de sí mismo. Des astrum. La tierra en orgasmo. El tiempo se comprime y por unos instantes, en medio de la vibrante lujuria del suelo, del agua, de la selva, se detiene. Es un momento de trance: hechos y realidades propios y ajenos y todas las huellas acumuladas del pasado coexisten en un presente de segundos. Fugacidad percibida como única y propia por cada individuo, cada familia, cada comunidad: drama de cada ser vivo. Instante decisivo de disolución en el cual, sin aviso, todos los caminos se abren ante futuros inciertos.

El desarrollo se manifiesta: sueña con su propio desastre hecho realidad, lo concibe como la oportunidad para entrar en acción con toda la parafernalia capaz de redimir los territorios vacíos de los mapas, de vincularlos al progreso. De ocuparlos con sus propias lógicas e intereses. Sigue cayendo la lluvia.

Sigue cayendo la lluvia

Temblores en el bosque. Des astrum que ocurrió una noche oscura y estrellada del 29 de mayo de 1990 en el Alto Mayo, región de la Amazonía peruana. Des astrum que ocurrió en otra noche estrellada en la misma región once meses después, el 4 de abril de 1992. Des astrum que ocurrió dos semanas después una tarde del 22 de abril en el Caribe costarricense de Limón. Des astrum que ocurrió el 17 y 18 de octubre de 1992 en la zona del Atrato Medio en el Chocó colombiano. Miles de des astrum individuales, fractales de tres des astrum regionales. Tres des astrum regionales fractales de un des astrum común a toda esa humanidad que habita los paradigmas de la lluvia de América Latina.

Miles de des astrum; tres des astrum o un solo des astrum. Miles de preguntas por hacer y por contestar.

Con el acontecimiento de lo acontecido la vida se recoge para reiniciar su pulsar. Sepultados los muertos y recogidas las pertenencias de los escombros la crisis manifiesta su otra cara. El orgasmo siempre ha sido disolvente pero también creador. Se reinician las actividades cotidianas de la vida. Los fragmentos de un mundo en caos empiezan a fluir por cauces inciertos, entre jóvenes y húmedas arenas movedizas. Empiezan a tejerse los primeros entramados de la reconstrucción: brotan la vida y el amor perennes como la malahierba. Desde los imaginarios y racionalidades de los cuales se dispone se empieza a imaginar y, sincrónicamente, a crear, con las oportunidades otorgadas por ancestrales relaciones con los objetos del entorno, con el medio ambiente, parte y todo de la vida en los paradigmas. Desde el propio sueño duro y real del desastre nacen historias nuevas como los riachuelos en la diversidad de la selva.

La memoria persiste.

Pero los paradigmas de las lluvias no son islas. Al otro lado de las fronteras invisibles del desarrollo también llegan las noticias de los desastres. Sólo que a la distancia real y también imaginaria de los centros de poder no se registran los dramas de cada ser; no se percibe la fractura del tiempo en pleno orgasmo, ni se da cuenta de cómo, después de su breve momento de trance, la historia no se detiene y empieza a fluir otra vez por canales indefinidos.

En esa otra ribera, en las realidades alternativas de los manuales de preparativos y de atención a emergencias, los desastres son leídos a través de un imaginario ya escrito y consagrado. Las respuestas existen antes de que se formulen las preguntas. Se imaginan edificios colapsados, bomberos en batas anaranjadas y enfermeras en batas blancas, catástrofes cuyos muertos se calculan en miles y cuyas pérdidas en millones. Eventos anormales y catastróficos que requieren una atención muy especializada. Aviones con cargamentos de alimentos para ciudades que no producen que comer. Oficinas técnicas llenas de arquitectos e ingenieros especializados. Organigramas llenos de comités de preparativos y defensa. En la otra ribera basta un movimiento de los redes de sismógrafos para dar contenidos precisos a esquemas de respuesta y reconstrucción consagrados y oficializados en normas y leyes.

Los desastres del Alto Mayo, Limón y Chocó, sin embargo, no caben en el guión ya escrito de una obra de teatro lista para poner en escena. Los desastres en los paradigmas de la lluvia sorprenden y desafían a las visiones ciegas, a los imaginarios sin imaginación. Los movimientos de los sismógrafos no dan señas ni claves de cómo dar contenido a esos inmensos espacios verdes y vacíos de los mapas, a los remolinos y remansos humanos que se encuentran allí. ¿Cómo saber cuántos murieron si nunca se supo cuántos vivían? ¿Cómo saber qué se destruyó si nunca se supo qué se construyó? ¿Cómo encontrar a pueblos que figuran en los datos censales pero que al buscarlos desaparecen como fugitivos en una geografía incierta y nunca definida? ¿Cómo descubrir quién es quién en una tierra de nadie? Un olor intenso a hierba de monte ofusca las cabezas acostumbradas a las seguridades de un mundo con contornos familiares y conocidos. Ocurren los desastres en los paradigmas de la lluvia y los ciegos recién voltean la cabeza y miran de espaldas.

Sorpresas escondidas en una hojarasca humana y biológica que los ciegos miran sin ver. No ven las huellas de sangre, como tampoco escuchan las quejas de cuerpos estragados por los efectos acumulativos de borracheras y resacas. No prestaron atención a los muertos cuando empezaban a presentar los primeros síntomas del mal. Y no pensaban que el remedio,

aplicando el imaginario formal del desarrollo, podría ser igual o tal vez peor que la enfermedad. Sorpresas para los que no ven el bosque por los árboles, para los que no ven los árboles obnubilados por el verde vacío de los bosques y de los mapas. Sorpresas que seguirán ocurriendo en la medida en que la lluvia siga siendo un paradigma para los ojos que no ven y para los corazones que no sienten.

Con las herramientas formales de los manuales no se registran los miles de desastres que ocurren en los paradigmas de la lluvia sino que se imagina, desde el guión, un sólo desastre que nunca ocurrió. Se levantan instrumentos y esquemas de intervención y se crean organismos especializados y comisiones para llevarlos (literalmente) a la realidad. Pero la nueva cruzada de someter a las curvas y fractales de la selva a lo lineal, lo plano y lo finito nunca llega a su destino porque ese destino no existe y nunca existió más que en las puestas en escena de los manuales.

Desde la doble óptica del poblador y del paisaje bajo las lianas y la fronda, y desde la lluvia en las oquedades de motosierras del bosque, realmente no se encuentra nunca al desastre formalmente imaginado sino al sin fin de desastres reales.

Los instrumentos y esquemas de intervención de la cruzada chocan en su propio espejo el cual se rompe en mil pedazos. Algunas de sus astillas son desechadas y se cubren por la hojarasca dejando ni rastro breve de su intrascendente existencia. Otros, sin embargo, son recogidos y refundidos por los pueblos y comunidades con fragmentos de su pasado y aspiraciones de su futuro, como quienes buscan en los escombros de la crisis las herramientas para su propia reconstrucción. Pronto, las astillas se prostituyen, fornicando y recreando nuevos instrumentos que se adecúan a las curvas fractales de la selva.

Los paradigmas de la lluvia siguen mutando hasta el próximo desastre.

Desde las diversas perspectivas de la investigación social sobre los desastres en América Latina, los desastres en los paradigmas de la lluvia nos significan un reto. Reto: porque son sintomáticos de cuantos más desastres que ocurrirán en el futuro: son parte de los típicos desastres de América Latina. Reto: porque no han sido incorporados en los esquemas de prevención y manejo de desastres para los cuales se trata de eventos sorpresivos. Reto: porque estos mismos esquemas se han visto rebasados por ellos. Reto: porque de ellos también se puede aprender para hacer más real y menos virtual el imaginario de los desastres del cual todos nos alimentamos. Reto, por último: porque investigarlos significa un desafío conceptual, significa el abandono de esquemas nacionales e internacionales completamente establecidos, porque se trata de empezar a captar con los medios a nuestro alcance esa realidad tan variada, compleja y dinámica que hemos llamado paradigmas de la lluvia.

¿Cómo aproximarnos al enredijo de procesos naturales, económicos, institucionales y culturales que apenas si captamos con intenciones de investigación? ¿Cómo urgar en lo desconocido? ¿Cómo pretender explorar lo que pasa bajo el follaje de los bosques húmedos y calientes donde la vida viva está gobernada por sutilezas y fuerzas que sumadas nos anticipan lo descomunal de otras realidades? Quizás sólo exploremos la superficie de actores institucionales y comunitarios. Así, adentrándonos en lo desconocido, Paradigmas de la Lluvia es más una incitación a despejar algunas de las ramas de la fronda, a deslizarse entre troncos y bejucos cubiertos por la lama del tiempo, entre gritos de micos y guacamayas, hasta tocar el inestable

piso de hojarasca que se sobrepone a la tierra. Empezamos a pisar territorios desconocidos, frágiles y fieros, con la abrumadora certeza de poder estar perdidos, acaso acompañados solamente de una brújula enloquecida que puede conducirnos a cualquier destino. Pero también con la certeza de que esos otros, los paradigmas plenamente establecidos de la prevención y atención de desastres, empiezan a deshacerse bajo la lluvia.

Restos del archivo perdido

DESASTRE: A las 9:34 de la noche del martes 29 de mayo de 1990 tembló en en Alto Mayo, en la Amazonía del Perú. Una población total de 155,000 habitantes en un área de 8,667 km² se vio sorprendida por un sismo de 6.0 en la escala de Richter, que afectó sobre todo a las provincias de Rioja y Moyobamba en la Región San Martín.

DESASTRE: El 4 de abril de 1991, a sólo once meses del anterior, un sismo de 6.2 en la escala de Richter volvió a afectar a la misma región golpeando a las pocas localidades que no habían sufrido el impacto del anterior.

DESASTRE: Pocos días después el 22 de abril de 1991, a las 3:57 p.m., la provincia de Limón en la costa caribeña de Costa Rica y el noroccidente panameño, fueron severamente afectados por el impacto de un sismo de 7.2 grados en la escala de Richter, cuyo epicentro se ubicó en el Valle del Río Telire, 40 Km., al sur de la ciudad de Limón. El terremoto fue el más intenso y dañino sufrido en los países durante el presente siglo, alcanzando intensidades de hasta IX en la Escala de Mercalli Modificada, y haciendo sentir sus repercusiones desorganizadoras en un área de 9,000 km², con una población de unas 200,000 personas. Durante el mes de agosto la misma región fue seriamente afectada por las peores inundaciones sufridas en las últimas décadas.

DESASTRE: Los días 17 y 18 de octubre de 1992 ocurrieron dos sismos con magnitudes calculadas en 6.6 y 7.2 en la escala de Richter, respectivamente, que afectaron a una amplia zona de los departamentos de Chocó y Antioquia en el noroccidente colombiano y generaron daños concentrados en cuanto a amplitud e intensidad relativas en la zona del Atrato Medio, (separada por la cartografía virtual y por hechos institucionales entre ambos departamentos). Los sismos produjeron un profundo impacto sobre el medio ambiente, la infraestructura, los medios y modos de producción y sobre una serie de centros poblados de diferentes jerarquías urbanas. En conjunto, se presentaron daños significativos en 33 municipios, correspondiendo 30 al Departamento de Antioquia y 3 al Departamento del Chocó). Los sismos mayores fueron seguidos por centenares de réplicas, algunas de las cuales continuaron generando daños.

Tres DESASTRES en tres países en tres años. Tres regiones en tres cuencas hidrográficas distintas. Tres procesos de respuesta institucional y de manejos de desastre ensayados e interpretados por tres despliegues de información periodística. Tres DESASTRES que fueron tres sorpresas tanto para las poblaciones regionales como para los organismos nacionales e internacionales encargados de la prevención y manejo de desastres. Tres DESASTRES pero tras de ellos una serie de paradojas y paradigmas comunes que hay que desentrañar.